

Martínez Campos, 27/I/07
Versión para MI ZIQUITARO
(Publicado en GUIA, 30/VI/1996, 4-B)

TODO ES SORPRESA BAJO EL SOL Y MAS ALLA

Silviano Martínez Campos

Aquel juguetito llamado caleidoscopio o calidoscopio tenía su atractivo. Unos papelitos o vidrios de colores y brillantes hacían la maravilla para la vista y la imaginación, de configurar siempre, a cada movimiento giratorio del tubito, una figura distinta.

Claro que ahora también los hay a veces por allí, son de fabricación artesanal y, aun cuando los papelitos fueron sustituidos por fragmentos de plástico de colores, hacen el mismo efecto para responder al significado que le quiso dar el siglo pasado el inventor escocés a la palabrita en cuestión: ver una bella imagen.

Entretenimientos inocentes e imaginativos de los tiempos en que la imaginación no estaba tan encarcelada por la tecnología electrónica del juguete, que requiere ahora sólo apretar el botón y comienzan a lanzar destellos el robot marciano, el avioncito supersónico o la nave extraterrestre.

Y no es que los mayores nos dejemos aplicar aquel dicho “de qué mueren los quemados, si no es de ardor”; puede que a veces disfrutemos mejor un juguete electrónico que nuestros hijos, porque tal vez agreguemos a la imaginación infantil soterrada, la sorpresa por contraste, al comparar nuestros juguetes elementales fabricados por nosotros mismos con los de ahora, que entonces nos hubiesen parecido mágicos y a lo mejor lo son para los niños de hoy. Quién sabe, el universo de los pequeños es eso, un universo tan sorpresivo.

De todas maneras, eso de mantener la atención un rato en el calidoscopio, permite apreciar combinaciones sin fin de figuras geométricas, las cuales, más por el colorido, cautivan por lo imprevisto y sorpresivo.

En otro orden de consideraciones, igualito que la realidad de todos los días, cuajada de sorpresas e imprevistos que sólo hacen la vida monótona a quien quiera mantener su mente programada de rutina.

Es de suponer que en el campo se cuenta con la oportunidad de ir observando día a día el gran caleidoscopio de la naturaleza e ir descubriendo admirado y sorprendido la gran variedad de plantas y animales, muchos aún no clasificados. Eso en una región, pero si se

sobrepasa el límite a un territorio y después a un continente y más allá a todo el planeta, cambia la perspectiva y se hace imposible la visión completa de la trama de la vida.

Por eso, aunque desaparecen todos los días especies sin cuenta, no lo notamos porque la mayor parte de ellas no alcanzaron clasificación. Así es que si las cosas siguen como van, en una generación más habrán desaparecido miles de especies y no las habremos registrado. Empezaremos a percatarnos cuando la Tierra empiece a negarnos sus frutos y en lugar de selvas nazcan más desiertos y los ríos dejen de ser venas del corazón de la vida para convertirse en cloacas intestinales de las urbes, mientras las lagunas se conviertan en charcos pestilentes.

EL HOMBRE TODO LO HA TRANSFORMADO

Pero sería un contrasentido aplicar la palabra caleidoscopio, traicionando su sentido original, a hechos y situaciones imprevistos y sorpresivos en el aspecto trágico de la vida actual.

Para qué recordar entonces las sorpresas e imprevistos en torno al Tratado de Libre Comercio, cuyas implicaciones muchos no entendemos.

No deja de ser sorpresivo de todas maneras –intereses aparte que siempre hay en todo esto--, que 3 organizaciones ecologistas hayan logrado poner en aprietos a las máximas autoridades del país vecino.

Lo cual implica que hay esperanza, siempre a nivel de lo imprevisto, sorpresivo y maravilloso, de que las ahora muy atractivas **ONGs** (organizaciones no gubernamentales) vayan contribuyendo con su inconformidad, protesta, pensamiento y acción a que se conjure de una vez para siempre el riesgo de crack ecológico, el de la guerra nuclear y el de la muerte de la especie por hambre o desencanto. O la muerte tecnológica, si ganaran las máquinas instrumentos y no el hombre su inventor.

Es maravillosa nuestra época. Son maravillosos nuestros días en que vamos de sorpresa en sorpresa, de maravilla en maravilla, como en un nunca agotado caleidoscopio. No es cuestión de fugarse y olvidar los lados oscuros, como es experiencia oscura el haber tenido, alguna vez, por asalto, el puñal en la panza empuñado por un presunto drogadicto o agresiones a tu psique por manipuladores de la mente.

Cómo no va a ser maravillosa, si tan sólo en los últimos decenios nosotros mismos, a través de nuestros más imaginativos hombres, nos hemos dado cada sorpresa.

Ya sea en lo tecnológico, con inventos que venían desde el pasado siglo y continuaron en el que termina, como los relacionados con la comunicación: telégrafo, teléfono, fonógrafo, radio, telex, teletipo, televisión, grabadora (tele)fax, videos, computadora, satélites y su consiguiente proceso de miniaturización, expansión geográfica y uso casi generalizado.

O en el descubrimiento de nuestro Universo, la dimensión más grandota, hacia “arriba”. Primero hace mucho tiempo, la Tierra como centro, luego el Sol, después la Galaxia, pero esto sigue y sigue y es inmenso. Por eso mejor hacia “abajo” y qué maravilla “descender” con la imaginación hasta una partícula, un átomo y luego “subpartículas” sin fin, tanto que los físicos para expresarlas deben recurrir a intrincados lenguajes matemáticos que sólo ellos entienden.

EL HOMBRE ES TRANSFORMADO

Y así, las sorpresas en la vida social, hasta llegar a las últimas, de revalorar las etnias y las comunidades, descubrir que no hay sistemas eternos ni ideologías perennes, ni concepciones del mundo estables para siempre y, sin embargo, en medio de las sorpresas e imprevistos sin fin, hay alguien estable, que está: cada uno de nosotros, centro de perspectiva desde donde se puede ver todo, en lo pequeño y en lo grande.

Esto se ha dicho siempre, pero ahora se corrobora por los hechos, siempre cambiantes, siempre sorprendivos.

El hombre, cada uno de nosotros, centro de todos los debates, centro de todas las preocupaciones, centro de todos los conflictos, de todas las búsquedas y de todas las interpretaciones. Como decía alguien chistosamente: yo no sé si somos ángeles caídos o changos levantados.

Cada uno de nosotros, se ha dicho muchas veces, de distintas maneras, somos un pensamiento de Dios, un latir del corazón de Dios, una mirada amorosa de Dios, un respiro de Dios, una sonrisa benevolente de Dios.

Porque a lo mejor, desde ya, nuestra realidad es multidimensional y en lo más hondo de nosotros mismos late el corazón de la verdadera vida y los dolores y sinsabores de nuestra época son anuncios de mayores sorpresas.

Por qué ese derrumbe de formas sociales y culturales; por qué ese que parece terremoto de sistemas socioeconómicos; por qué ese trastocarse de las normas hasta hace poco vigentes, en una repetición de un aparente caos de lo que los antiguos rememoraban en sus ritmos de muerte y resurgimiento.

Por qué ese resurgir del gusto por la cosas del espíritu, aún en expresiones no siempre ortodoxas, no siempre comprensibles, no siempre aceptadas, pero que se dan en grupos marginales de los grandes sistemas y apuntan no sólo a una situación de descontento por lo hecho, sino además a una búsqueda de lo distinto.

Realmente no es de espantar, sino de maravillarse, el sorprendente e imprevisto caleidoscopio en que se ha convertido el hombre. Aquí algo se mueve, algo se “cocina”, y a lo grande, en medio de luchas por la vida de personas, grupos y naciones.

Vistas las cosas desde la perspectiva de decenios o del siglo que termina, las sorpresas e imprevistos son muchos y parecen no tener fin.

Quién quite a vuelta de siglo nos encontremos con la gran sorpresa de la unificación humana, por lo menos de manera inicial, con las formas que e adopten, sea un gobierno mundial democrático y participativo; una federación de naciones o de alguna otra manera que esté a la altura de la dignidad del hombre, no lo sabemos.

EN ARCO IRIS

O que por efecto de las grandes presiones, necesidades compartidas o ideales asumidos en un solo ánimo, se nos desarrollen facultades nuevas o novedosas maneras de percibir la realidad como ya las notamos de alguna manera en las nuevas generaciones.

Que, fantasías aparte, llegue a sorprendernos gratamente la información de que “no estamos solos en el Universo”, se descubra vida en otras latitudes de nuestro cosmos. O que llegemos nosotros a ser “descubiertos”.

Ahora hasta los físicos aceptan los límites de lo real y llegan a plantearse la posibilidad de otras dimensiones de la materia (antimateria), de otras dimensiones del tiempo y espacio y, en fin, de múltiples dimensiones en nuestro mismo Universo, imprevisto y sorpresivo.

De todas maneras, para la mentalidad creyente, no son ajenas las sorpresas, puesto que de alguna manera esta engarzada su manera de ver a la dimensión espiritual, como si dijéramos a un “universo invisible” como referencia contrastante al universo observable “a simple vista”.

Algo que para la casi totalidad de los hombres nunca fue descabellado y sólo vio a cuestionarse en época reciente.

Pero para el cristiano, la sorpresa comenzó históricamente hace dos milenios más o menos. Es mucho y no acabamos de asimilarlo, uno de nosotros, en la persona de un hombre concreto, que es Hombre-Dios. Jesucristo.

El es para nosotros la continua novedad, la buena noticia de que el destino del hombre está trazado, puesto que está llamado en libertad, de alguna manera, a participar en un perenne caleidoscopio, en lo más profundo de su ser, en su amor, belleza, conocimiento, relación, comunicación de todo lo que es.

En una explosión en nosotros de energía vital luminiscente que asume en sí todos los colores del arco iris, de una belleza insondable, de una plenitud, satisfacción, hondura que lo hace sentirse él mismo, como capturado por algo y Alguien superior en belleza y plenitud y, aún así, siempre encontrándose ante lo imprevisto y lo sorpresivo, pero con serenidad y confianza en quien siempre es Sorpresivo, porque es el que era, el que es y “El que viene”. Por eso “ni el ojo vio, ni el oído oyó...” dice Pablo de Tarso.

